

para servir, y dar mi vida por el rescate del género humano (1). Sabedlo; el que se exalta, será humillado; el que se humilla, será exaltado (2). Así enseña que el que manda, no ha sido elevado para subyugar y dominar como dueño á los súbditos, sino para sacrificarse hasta morir por ellos.

Enseña á los inferiores la obediencia, haciéndose él obediente (3), y pagando los tributos (4); pero les hace comprender que la sumision á la autoridad humana debe subordinarse á la obediencia á otra autoridad mas elevada, que es la de Dios, de quien es tan súbdito el Rey como el vasallo, pronunciando aquella admirable sentencia: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios (5). Obedeced al superior; pero no en oposicion á Dios, no temiendo á los que matan al cuerpo y nada mas pueden hacer, sino á aquel que despues de quitaros la vida, tiene poder para arrojaros al fuego del infierno. Os lo repito, temed á este (6). Doctrina social antes desconocida, y que establece el órden y la justicia sobre bases de solidez inquebrantable, porque á la vez que rodea á la autoridad del prestigio que la es necesario, ya que, como dice San Pablo, toda potestad viene de Dios, y el que á ella resiste, se opone á la ordenacion divina (7), hace comprender á quien la ejerce, que no es señor absoluto de los que le están sometidos, sino que es un representante, un ministro de Dios para el bien (8);

(1) Matth. XX, 28.

(2) Luc. XIV, 2.

(3) Id. II, 51.

(4) Matth. XVII, 23, 26.

(5) Id. XXII, 21.

(6) Luc. XII, 5.

(7) Rom. XIII, 2.

(8) Id. id., 4.

y á la vez que hace pasar la obediencia del súbdito del carácter de sujecion forzosa y esclavitud por temor, al de una virtud y un deber de conciencia (1), le enseña que con noble libertad de hijo de Dios debe negarse á obedecer á quien, abusando de su autoridad, manda y exige lo que Dios prohíbe, y preferir la muerte á la injusticia y al pecado, repitiendo con los Apóstoles: Antes debemos obedecer á Dios que á los hombres (2).

Concluyamos, Señores, porque es preciso hacerlo ya, y concluyamos con otro gran principio que pone el sello á la doctrina del maestro celestial. Amad á Dios, que es vuestro Padre, dice á todos; amadle con todo el corazon. Este es el primero y el mas grande de los preceptos (3). Su cumplimiento os llevará á ser perfectos como el Padre celestial; pero hay un segundo precepto semejante á aquel: Amad á vuestros prójimos como á vosotros mismos (4). Todos teneis un mismo padre que es Dios; todos pues sois hermanos (5). Notadlo, Señores: todos, sin distincion de ricos y pobres, de grandes y pequeños, de vecinos y lejanos, de amigos y enemigos, todos teneis un mismo padre, todos sois hermanos. Este es, pues, mi mandamiento, que os ameis unos á otros. El amor sea el lazo de vuestra sociedad. Dándoos el precepto, os presento el modelo: Amaos mutuamente como yo os he amado á vosotros (6). Este amor me ha traído á la tierra: me he humillado por vosotros; en beneficio de todos he empleado mi poder y mi sabiduría: he pasado derraman-

(1) Rom. XXIII, 5.

(2) Act. V, 29.

(3) Matth. XXII, 38.

(4) Id. id., 39.

(5) Id. XXIII, 8, 9.

(6) Joann. XV, 12.

do bienes á cada paso (1): perdono á los que me ofenden, oro por los que me persiguen, quiero alimentaros de mí mismo, y voy á morir por salvaros. Amaos, pues, como yo os he amado: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os hacen mal, orad por los que os persiguen y os calumnian, para que seais hijos del Padre que está en los cielos, y hace salir el sol sobre los buenos y los malos, y envía la lluvia al campo del justo y del pecador (2), y estad dispuestos á la mayor entre las pruebas de caridad, la de dar la vida á su impulso para bien de vuestros hermanos (3).

¡Qué doctrina tan sublime á la vez que tan sencilla y tan práctica! El amor á Dios para levantar al hombre de la miseria de la tierra y de la corrupcion del pecado, para unirle á su Criador, y haciéndole semejante á él, llevarle al cielo. El amor al prójimo para estrechar á los hombres entre sí con lazo divino, y formando de ellos una familia de hermanos, cuyo padre es Dios, hacer fácil la union, el orden y la paz, que son la felicidad de la tierra. ¿Quién, al escuchar tan admirables enseñanzas, no exclama como los que fueron enviados por los fariseos para prender á Jesus, y quedaron subyugados por su palabra divina: «Jamás hombre alguno habló como este hombre?» (4) Sin duda, hermanos, porque es mas que un hombre; es Dios; es la verdad por esencia; es la luz y la vida, que se comunica al entendimiento y penetra al corazon; es el maestro del género humano, enviado por el Padre para restaurar todas las cosas en el cielo y en

(1) Act. X, 38.
 (2) Matth. V, 44, 45.
 (3) Joann. XV, 13.
 (4) Id. VII, 45.

la tierra (1). ¿Qué extraño es que esa luz y esa vida obrase la regeneracion de la humanidad, y formase un pueblo de hombres segun Dios, que cambió la faz de la tierra? Digamos otra vez las palabras del anciano profeta: Bendito el Dios de Israel, que ha visitado y redimido á su pueblo, viniendo de lo alto de los cielos á impulso de su misericordia, para iluminar á los que estaban sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte, á fin de dirigir nuestros pasos en el camino de la paz y de la felicidad (2).

Pero ¿por qué, Señores, ha de haber ahora, como en los dias de Jesucristo, hombres que resisten á su palabra, y quieren que su doctrina deje de ser la luz del mundo y la vida de los pueblos? El mismo Salvador nos lo dice: Vino la luz al mundo, y los hombres amaron las tinieblas mas que la luz, porque eran malas las obras de ellos. Todo el que obra mal aborrece la luz, y huye de ella para que sus obras no sean reprendidas. El que obra verdad, viene á la luz para que aparezcan sus obras, porque son hechas en Dios (3). Ahora mas que nunca abundan esos hombres, de quienes dice San Pablo: que no sufren la sana doctrina, ántes amontonan maestros conformes á sus deseos que deleiten sus oidos, y se apartan de la verdad, convirtiéndose á las fábulas y á las ficciones del error (4).

Lamentemos su ceguedad, lloremos su desgracia y la de cuantos, seducidos por ellos, vuelven la espalda á Jesucristo; pidamos que venga la luz á sus almas y la vida á su corazon; pero lejos de imitarlos, acerquémonos cada

(1) Ephes. I, 10.
 (2) Luc. I, 78, 79.
 (3) Joann. III, 19, 21.
 (4) II Timoth. IV, 3, 4.

dia más á Jesucristo; protestemos que somos discípulos suyos, y viviendo segun su doctrina y sus ejemplos, hagamos aparecer delante de los hombres la luz que él nos comunica, para que viendo nuestras buenas obras, glorifiquen al Padre celestial (1). Llenos, en fin, de la fe mas viva, resistamos toda tentacion, repitiendo las palabras de Nicodemus: Sabemos que has venido á la tierra como maestro enviado de Dios (2); y las del príncipe de los Apóstoles: ¿A quién iremos, Señor, si nos apartamos de ti? Tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (3), que has venido para que tengamos vida, y vida mas abundante (4): la vida de la gracia en la tierra, la vida de la gloria en el cielo.

(1) Matth. V, 16.

(2) Joann. III, 2.

(3) Id. VI, 69, 70.

(4) Id. X, 10.

SEXTO SERMON.

Jesucristo en su pasion, Redentor del género humano, segundo Adan, restaurador de las ruinas que causó el primero.

*Mediator Dei et hominum Christus
Jesus, qui dedit redemptionem semetipsum pro omnibus.*

(I Tim. II, 5, 6.)

EL carácter principal de Jesucristo con que le anunciaron los profetas, le simbolizaron las figuras de la ley, y le esperaron las naciones todas, es, Señores, el de Redentor y Salvador del género humano. Bajo este punto de vista vamos á considerarle hoy.

La gran mision de restaurar todas las cosas, con que el Padre envió á su Hijo á la tierra, exigia la expiacion de la culpa del hombre y la destruccion del cuerpo de pecado, la reconciliacion de la criatura con el Criador, y la regeneracion de aquella, elevándola á la vida de la gracia. Todo lo realiza Jesucristo. Toma la naturaleza humana, y en su carne lleva al hombre viejo á la Cruz para destruir el pecado (1); con la efusion de su sangre

(1) Rom. VI, 6.